



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEON

CARTA PASTORAL DE LOS PRELADOS ESPAÑOLES
QUE HAN IDO Á ROMA ACOMPAÑANDO Á LA PEREGRINACIÓN
NACIONAL OBRERA DE 1894

(Conclusión.)

Cierto, ese es el soberano, Vicario de Jesucristo, aclamado por nuestro pueblo, digno de la fe de España. Soberana figura que simboliza al Espíritu que sobrenadaba en las turbulentas aguas del génesis del mundo, reflejo de la Providencia, que suave y fuertemente dirige los destinos de las naciones, que con su cabeza inspirada y serena, las armas de la mansedumbre y la calma, va guiando la nave de la Iglesia en un mar de recias olas y cerrada noche, rumbo al puerto de la salvación social, sin que los Estados le auxilién, simples expectadores, asombrados á lo más, de cómo es rey de los corazones en la época y reinado del acero y el anarquismo.

Y vosotros, amadísimos peregrinos, habéis consolado á ese corazón magnánimo, lo habéis empapado en el baño de inefables dulzuras, le habéis dado del elixir de la vida, (que el consuelo es la que la anima y la alarga), para que se dilate su vida preciosa, inmaculada maravilla del siglo XIX.

Al anuncio de que íbais á visitarle quiso él honrar el nombre de España y ofrecerle los cuadros más esplendorosos del culto con la beatificación de los apóstoles de nuestra patria:



Beatos Juan de Ávila y Diego de Cádiz. Vosotros habéis venerado á vuestros compatriotas y obsequiado al proclamador de sus heróicas virtudes.

Aún más: que si vuestra presencia en Roma ha vigorizado la persona del Papa reinante, no ha defendido menos la causa santa del Pontificado. Vuestras aclamaciones, que para los ineptos parecerían perdidas en las bóvedas de San Pedro, para los hombres pensadores y avisados eran gritos que resonaban muy lejos, el eco de los cuales decía en mil telegramas al universo mundo que la cuestión de Roma está viva y palpitante, como palpitante y ardoroso estaba vuestro pecho. ¿Por qué, llevando solo el rosario en las manos, aunque fuérais más de catorce mil, se os ha obligado á entrar en Roma divididos en dos expediciones? Es que hay más gente que vosotros, quienes, mal que les pese, acaban por reconocer que el Papa no debe vivir sujeto en las doradas prisiones del Vaticano.

Nuestros plácemes, pues, más halagüeños á todos los peregrinos, á las Juntas diocesanas y sus fervientes promovedores, á las Cámaras españolas y á S. M. la Reina que se dignó adherirse, por los obreros de su casa, y su regio telegrama, á tan brillante manifestación católica; Nuestra enhorabuena más cumplida y cordial bendición al Excmo. Sr. Marqués de Comillas, Caballero Gran cruz de la pontificia Orden de Cristo.

II

El efecto primario de la peregrinación está alcanzado por manera sorprendente; pero á todos ocurrirá que la obra es de suyo tan fecunda, que debe producir ulteriores provechos. Nos hemos acercado á Roma para adherirnos á las enseñanzas de la cátedra de Pedro, y que todos nos vean colocados al lado del Papa, que es luz del mundo como aquel de quien es Vicario, piedra sobre que descansan á una el edificio de la Iglesia y el edificio de la sociedad, y á quien en los grandes conflictos y en las grandes crisis puede y debe acudirse en demanda de consejo. Cúmplenos, pues para colmo de nuestra ventura y nuestra honra, presentarnos ahora como defensores de las enseñanzas pontificias, celosos observantes de las recomendaciones del Vicario de Jesucristo. Y lo primero de todo, testigos de las an-

gustias de nuestro querido Padre, no cesaremos de orar porque sus días de tribulación acaben cuanto antes, y proclamar por todas partes la urgente necesidad de que viva el Papa con la independencia que él reclama para el mismo ejercicio de sus funciones espirituales.

Atenderemos al bienestar de nuestra nación y perfeccionamiento de nuestro espíritu, prestando atento oído á los mandatos y consejos de nuestro Padre y Pastor.

El cual, tomando pie de la empresa realizada por los obreros peregrinos, recordó con vivo encarecimiento á los Obispos el celo por los círculos de industriales cristianos á fin de ilustrar y moralizar á la clase trabajadora, respondiendo á las excitaciones de su Encíclica *De conditione opificum* y ahorrar á la sociedad días de luto y de vergüenza. Para esto decía el Papa, es menester avivar el fuego de la caridad, estrechar los vínculos de los católicos por la unión santificadora del amor divino.

Seguramente en España podíamos atajar la difusión de las ideas disolventes, no llorando los daños en el rincón del hogar, ni gritando estérilmente contra los gobiernos, que al fin suelen ser engendro del voluntario sufragio, sino desplegando toda más actividad, dando nuestro nombre para la causa de Dios y parte de los caudales para el alivio del prójimo menesteroso. Esta es la más eficaz reprensión del anarquismo y saneamiento del árbol dañado de la libertad. El cuadro que representó Valencia en la tarde del 11 de Abril á la despedida de los peregrinos, no puede hablar más alto y convincente. De un lado obreros fascinados por las sectas; de otro los obreros educados por la religión.

Los sectarios, huérfanos del noble sentimiento de la hospitalidad y del respeto á las gentes, insultan y escarnecen á respetables sacerdotes y dignas señoras, y apelan al silbido como expresión de sus sentimientos, olvidando que son racionales y con uso de la palabra, para rebajarse al nivel de las fieras. Degradados á tanto extremo, ¿qué maravilla apedrearán cobardemente á tres Obispos, uno tras otro, cuando los peregrinos se hallaban ya á bordo de los vapores? Distínguense las fieras del hombre en la carencia del pudor; pudieron hallarse faltos de él los que silbaban, pero á sus conciudadanos les enroje-

cieron el rostro y llenaron de vergüenza. Una voz la más autorizada del mundo, ha declarado que no sólo renunciaron por ello al título de cristianos, sino también al de españoles.

Pero volved la vista á los obreros educados por la Iglesia: respetan á las gentes, agradecen los favores, bendicen á Dios, sufren pacientes las tribulaciones y llenan el espacio de vítores y cánticos. Granjéanse las simpatías de las naciones, los aplausos del Papa, y á su patria la conquistan envidiable nombre. A su paso dejan aquel buen olor del Apóstol, que es como bendición del cielo, *Christi bonus odor sumus Deo* (1). Tales son los frutos de la educación cristiana.

Las sectas convierten los caballeros en viles esclavos, los obreros en máquinas infernales; la religión á los operarios los trasforma en caballeros, á los señores, en héroes de la caridad, bálsamo de las llagas sociales. Descubierta el remedio de las dolencias de la humanidad, y recomendado tan vivamente por el Papa, urge su aplicación en todas las ciudades y pueblos de la patria.

Por esto el venerado Pontífice nos encarecía tanto la multiplicación de los patronatos y círculos de obreros, de los cuales espera incalculables bienes para la Iglesia y para la sociedad. «Yo quisiera, nos decían, que no sólo en cada ciudad y en cada pueblo, sino en cada parroquia hubiese un círculo de obreros católicos, que aparte de otros conocimientos útiles, se cimentasen más en el de la religión explicada por celosos sacerdotes. Así aprenderían á cumplir fielmente con los deberes de cristianos, los de la vida de familia, los del trabajo y la industria, y los de la vida social, influyendo poderosamente en la moralidad pública y en el bienestar común.»

Al clero y al pueblo, á los que abundan en bienes y á los que viven del trabajo transmitimos las palabras del Pastor Supremo, y á todos pedimos con instancia que vengan en auxilio nuestro para llevar á la práctica su santo deseo y exhortación paternal.

Los frutos de estos centros conocidos son doquiera se han instituído: á ellos toca no pequeña gloria de la peregrinación:

(1) II ad Cor. II-15,

á ellos buena parte de cuanto en elogio de la misma se ha dicho y hemos recordado. Multiplíquense en todas partes estos círculos y patronatos que aproximan y aunán todas las clases, y se multiplicarán á la par los frutos del orden moral y social.

Y en este punto no cabe excusa para la concordia de los ánimos y unión de los que se apellidan hijos de la Iglesia católica. A él pueden concurrir los que militan en diversas agrupaciones ó partidos políticos, ya que por desgracia nuestros hallamos deshechos en fracciones; y deshechos nos hallamos, porque falta la abnegación; y no se tiene ésta, porque falta también la fe sencilla y filial que en la sabiduría, en la prudencia y en el amor del Vicario de Cristo á todos sus hijos ha de poner todo el que católico quiera llamarse y serlo realmente.

Diversas escuelas tiene aún la ciencia teológica, lo que es muestra de la variedad y pequeñez de los ingenios humanos; pero en puntos nada sustanciales, oscuros para la razón y no aclarados por la revelación divina. En éstos, definidos una vez por la Iglesia, la creencia de los teólogos es unánime, significando el homenaje del entendimiento humano á la palabra infalible de Dios *in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (1). Por fuerza en las escuelas filosóficas y políticas se impone la variedad de opiniones y partidos; pero al tocar los puntos de la religión, exigidos por la Iglesia, reclamados por el Papa y los Prelados, es menester resplandezca la unión de los católicos. ¡Qué hermosa y brillante ha resultado la peregrinación en que nos ocupamos, fruto de la concordia de los ánimos y la sumisión á los legítimos Pastores! A nadie deben servir de embarazo sus aficiones particulares ó ideales políticos, para estas empresas santas; y si tal acaeciera, bien puede desechar una idea opuesta á las reclamaciones de su conciencia religiosa, buscando ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia (2). á fin de que agrupados todos al pié de la cruz, dispuestos por ella á cualquier sacrificio, trabaje cada cual en su esfera y en la medida de sus fuerzas para que en las familias y

(1) II ad Cor. X-5.

(2) Matth. VI. 33.

en los pueblos reine el príncipe de la paz, Cristo Jesús Rey de reyes y Señor de los que dominan (1).

Y claro está que, como siempre se halla trabada la lucha entre el bien y el mal, y no hay pactada tregua entre la luz y las tinieblas, el Papa nos manda y ruega que en la situación en que las circunstancias nos colocan, en ella trabajemos compactos por los sagrados intereses de la religión y la patria, no llevados del amargo pesimismo, sino alentados del buen espíritu, el cual pone de su parte cuanto se le alcanza, esperando en la Providencia divina que guiará nuestros esfuerzos, dándonos lo que mejor nos convenga. Dejarse llevar del espíritu de abandono é destrucción, inactivo y maldiciente, más propio que de cristianos, es de tendencia satánica y germen de anarquismo. La Iglesia sana y restaura las cosas en Cristo; es obra de Dios la sociedad, y la Iglesia la ama y defiende.

Por la razón natural alcanzamos que es necesaria la autoridad en el mundo, igualmente que á la autoridad son debidos el respeto y la obediencia. Y quiso Dios, por el bien de la sociedad misma, robustecer y confirmar tanto estas luces y doctrinas, que en diversas maneras nos las ha enseñado en las Sagradas Letras de uno y otro Testamento, y señaladamente en el nuevo, por boca del Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de las Gentes. Deber es nuestro, nos ha dicho el Papa, sujetarnos respetuosamente á los poderes constituídos; y vosotros sabéis que nosotros somos los primeros en el cumplimiento de ese deber y así lo hemos declarado en memorables documentos. El ser estas palabras y enseñanzas del Papa, tan claras y obvias, tan recientes y solemnes, no permiten que de parte nuestra haya más que acatamiento y veneración hacia ellas. Sujeción respetuosa: para nosotros son como palabras sacramentales. Estas palabras no son grito de combate, sino luz de atracción: no deben de aumentar las discordias, sino aunar las voluntades. Pueden moverse los católicos por todo el campo de las leyes patrias, que no dejan de estar sujetos á los poderes constituídos los que respetan las leyes y ajustan á ellas su conducta. Excusado es declarar que la ley ha de ser justa para ser ley, conforme enseña el

(1) I Tim. VI. 15.

santo Obispo de Hipona, como que también exige rendida obediencia, mientras no sea evidente su injusticia, esto es su oposición á la ley de Dios ó de su Iglesia. Las palabras del Papa han de ser escuchadas y bien recibidas, lo mismo por los súbditos que por los gobernantes, lo mismo las que nos halagan, como las que nos piden sacrificios para el bienestar común.

Ah! Su Santidad nos decía: «Vosotros, hijos amadísimos, bien lo habéis comprendido, y Nos es grato admirar en esta grandiosa demostración la expresión elocuente de Nuestro pensamiento y del ansioso deseo de Nuestro corazón de ver concertadas todas la clases sociales bajo el amparo de la caridad cristiana, que es *vínculo de perfección*» (1).

Si esta reina de las virtudes, efusiva y pacificadora, alzase su trono en nuestras almas, nada más sería preciso aconsejar; ella es luz é ingenio, y todo lo rico y hermoso, como lo ponderó San Pablo al describir sus cualidades (2).

Por esta razón os la deseamos tanto, y la recomendamos con la instancia y encarecimiento de San Pedro al escribir á sus discípulos dispersos por el Asia: «Sobre todo mantened constante la mútua caridad entre vosotros: *ante omnia autem, mutuum in vobismetipsis charitatem continuam habentes*, porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados» (3).

El Dios de la paciencia y del consuelo, amadísimos en el Señor, os dé á sentir una misma cosa entre vosotros, conforme á Jesucristo (4), á fin de que teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos (5), os veáis colmados de todo gozo y de paz en el creer para que abundéis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo, y unánimes á una boca glorifiquéis, á Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo (6).

Descienda sobre vosotros y permanezca siempre la bendición de Dios Omnipotente Padre, † Hijo † y Espíritu † Santo.

Sevilla 18 de Mayo de 1894.—† Benito Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla.—José María, Arzobispo de Santiago.—Tomás, Arzobispo de Tarragona.—Ciriacó, Arzobispo de Valencia.—José, Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.—Vicente, Obispo de Cádiz.—Manuel María, Obispo de Jaén.—José, Obispo de Segovia.—Jaime, Obispo de Barcelona.—Salvador, Obispo de Urgel.—Ramón, Obispo de Vitoria.—Marcelo, Obispo de Málaga.—José María, Obispo de Vich.—Fr. Tomás, Obis-

(1) Col. III-14.

(2) 1.^a ad Cor. XIII-4

(3) I Petr. IV-8.

(4) Rom. XV 5.

(5) Philip. II. 2.

(6) Rom. XV.

po de Salamanca.—Ramón, Obispo de Oviedo.—Gregorio María, Obispo de Lugo.—Antonio, Obispo de Pamplona.—Mariano, Obispo de Europa, Auxiliar de Zaragoza.—Juan, Obispo de Tarazona.—Juan, Obispo de Avila.—Fr. Francisco, Obispo de Badajóz.—Fr. José, Obispo de Jaca.—Enrique, Obispo de Palencia.—Victoriano, Obispo de Osma.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Empezó ayer tarde á las siete y media la primera tanda de los Ejercicios espirituales del Clero de esta Diócesis con asistencia de ciento catorce Sacerdotes presididos por nuestro Excelentísimo y Rvmo. Prelado, que, revestido de alba, estola y capa pluvial y asistido por los Sres. Arcipreste y Doctoral de esta Santa Iglesia, entonó el himno *Veni Creator*, después del cual y de haberse rezado el Santo Rosario, subió al púlpito el padre Iglesias, encargado con el P. Leceta, ambos de la Compañía de Jesús, de la dirección de estos Ejercicios, que han de ser, así lo esperamos, fecundísimos en frutos de bendición y santidad, no solo para los sacerdotes que á ellos asisten, sinó también para toda la Diócesis.

Poniendo por tema aquellas palabras del Divino Salvador á la Samaritana, *si scieres donum Dei*, y después de un bellísimo exordio en el que recordó é hizo propios los temores que abrigaba el gran Padre S. Bernardo cuando obligado por la obediencia se vió precisado á predicar á los Padres del Concilio de Reims y á enseñar á los sabios él que se consideraba el más ignorante y pequeño de todos; pero alentado, decía, por las promesas que, como á los Profetas de la antigua ley hace Dios á todos los obedientes, diciéndoles, *Ego ero tecum*, y considerando que en el orden de su Providencia entra ejercitar la humildad de los que escuchan, instruyéndolos, no por sí mismo, sinó por ministerio de otros, pasó el P. Iglesias á demostrar la grandísima importancia de los Ejercicios espirituales y cómo deben practicarse para conseguir los grandes bienes que la Iglesia y el mismo Dios quieren que saquemos de ellos. Y lo hizo con tanta sencillez y claridad, con razonamientos tan sólidos, y con tal unción y verdadera elocuencia, que desde luego hizo suyo aquel escogido auditorio, ó por mejor decir, de Dios, á quien quedó rendido para recibir todas las inspiraciones de su gracia.